

Comienzo a difundir por este medio una serie de materiales recogidos y reunidos más o menos hacia 1990 para una colección de documentos relacionados con Lorca. No me acuerdo precisamente por qué no la acabé y entregué, posiblemente por indiferencia de posibles editores. Estos textos carecen del último retoque, y en el caso de éste de Rivas Cherif, una última lectura contra el "original" fotocopiado del periódico mejicano *Excelsior*, cuyo paradero en mi casa desconozco. Las notas tampoco están en un estado final. Espero que pueda tener alguna utilidad el difundir estos textos, difícilmente accesibles, en su estado actual.

Las tres partes se publicaron el 6, 13 y 27 de enero de 1957.

—Daniel Eisenberg

## LA MUERTE Y LA PASIÓN DE GARCÍA LORCA

Por C. Rivas Cherif

*Publica hoy DIORAMA DE LA CULTURA la primera parte de un estudio del director de escena español C. Rivas Cherif, quien al lado de Margarita Xirgu colaboró estrechamente con García Lorca en la realización de notables proyectos teatrales cuya importancia artística traspuso las fronteras culturales españolas para provocar la curiosidad, primero, y después el entusiasmo de los jóvenes artistas e intelectuales americanos de aquella época nada remota. Además, tales esfuerzos dejaron su importancia en los rumbos inmediatos y futuros del arte teatral en nuestra lengua.*

*Rivas Cherif, amigo y socio artístico de García Lorca, hace en este ensayo valiosas revelaciones sobre el espíritu de Federico, sobre el hombre fabuloso, víctima de un duende que se le desbordaba por todos los poros, y sobre la proyección de un singular carácter en su obra y en su oficio de poeta, de ensayista original y director de teatro, atenido a la magia de la intuición. También estas páginas arrojan no poca luz sobre las oscuras circunstancias que rodearon la muerte de García Lorca en "su Granada."*

*DIORAMA DE LA CULTURA, en entregas posteriores, dará a conocer a sus lectores las partes sucesivas del ensayo de Rivas Cherif que inicia este domingo. Las ilustraciones de esta página son obra de Mariana Yampolsky.*

Hasta hace veinte años, para cualquier chico de la escuela, el Gran Federico era un rey de Prusia. Sus anécdotas servían de ejercicio práctico para traducir del francés al castellano por el método de Ahn. De veinte años a la fecha no hay quien no sepa que el Gran Federico no es otro que García Lorca. Las falsas gitanerías de un populacho que divaga de las redacciones de los periódicos a los escenarios flamencos de más baja estofa, y no digamos los de arte; la degeneración de su estilo poético en morboso remedio de la peor especie metafórica o surrealista; cuando no la admiración decadente de sus gracias, tergiversadas, o la calumnia simplemente, hacen todo lo que pueden, que es mucho, por menoscabar esa grandeza frustrada por la Fatalidad.

Pero entendámonos. (Yo tampoco quiero decir con esto que con avenirse a indignada pero tardía razón los que de una vez por todas la perdieron,

carguemos con una culpa atroz los que nunca la tuvimos.)

Decir que a Federico García Lorca lo mató la Fatalidad—el *fatum* de la tragedia—no puede implicar la exculpación, repito, de sus matadores, de sus asesinos: el guardia civil que le dio el tiro más atroz del alboroto; el jefe del pelotón que se aprestaba a legalizar un simulacro de sentencia; el gobernador militar que la autorizó, con el dizque tribunal, si es que lo hubo; el Judas que lo entregó a mansalva; el que se asustó de tenerlo a cubierto; la Envidia, la envidia, sí, perversión tan española de la emulación competente, como pueda serlo la avaricia molieresca de la pasión francesa del ahorro hasta la sordidez—la envidia misérrimamente provinciana de medio pueblo, más uno, de energúmenos cruelmente solapados. Ese Uno sobre todo—y sobre todos—, caudillo del horror.

En estas columnas de EXCELSIOR se ha publicado la carta—tan cierta que podía parecer apócrifa—que Dionisio Ridruejo, poeta titulado de la Falange Española, ha dirigido al Ministro de Información del Gobierno de Franco, protestando con vergüenza retrasada por el crimen más grande contra el espíritu que se haya podido cometer en esta guerra civil del mundo que de veinte años dura; pero que retrasada la protesta y la vergüenza del clamoroso arrepentido, todavía se anticipa a la de cualquier obispo español—ni siquiera el de Granada—por la muerte de García Lorca, revivida, si así puede decirse con tremenda paradoja, por el relato vil de un periódico francés tradicionalmente acreditado por su alevosía, el *Figaro* de París, en su hoja literaria, que no podía llegar a menos.<sup>1</sup> A menos de que, como así ha sido, lo reproduzca una “gaceta literaria” de Madrid que tampoco podía llegar a más ignominia de cuanta embarra la pluma de sus redactores.

### CREO TENER LA VERSIÓN FIDEDIGNA

La última vez que Federico García Lorca se produjo ante un cierto público de amigos fue leyendo *La casa de Bernarda Alba*, recién terminada, en la del doctor Gregorio Marañón.<sup>2</sup> Este dato, confirmado que me fue por el propio huésped, lo tuve ya, muy inmediatamente a la muerte del poeta, por Encarnación López Júlvez, apellido éste segundo de “la Argentinita,” que el propio Federico reveló graciosamente a los admiradores de la artista, en la dedicatoria del *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*.

El azar nos había reunido a ella y a mí, rehuyendo más o menos la tremenda incivilidad de la guerra del mundo con prólogo en España, cuando la Argentinita, desesperada por la pérdida de nuestro amigo, a que yo me resistía obstinadamente incrédulo, me aseguró su irrefutable verdad. La había sabido por Daranas, cronista español contra la República, en París por entonces.

Mi angustiada esperanza no tenía otro fundamento que la reserva prudencial aconsejada por don Fernando de los Ríos, tan allegado, incluso familiarmente, al poeta; y el silencio que hasta mucho después se imponía su hermano, Paco García Lorca, secretario de la embajada de España en Bruselas

<sup>1</sup> Este relato fue de Jean-Louis Schonberg, seudónimo de Louis de Stinglhamber-Schonberg.

<sup>2</sup> La lectura de *La casa* fue en casa del doctor Eusebio Oliver (Ian Gibson, *Federico García Lorca. 2. De Nueva York a Fuente Grande (1929-1936)* [Barcelona: Grijalbo, 1988], p. 453.)

aceptando, a cuanto puede saber, la esperanzada suposición de que Federico vivía aún, preso en Granada, donde fue fusilado su cuñado el alcalde Montesinos, apenas se pronunció el gobierno militar contra el civil y la ciudad misma.

Diez años pasados, otra persona de crédito muy particularmente unida a los intereses de la familia García Lorca, me hizo en Madrid ya el relato de la muerte ominosa de Federico. Al creerle, en el accidente de su captura por los asesinos, había intervenido, con malicia alimentada por el temor, una sirvienta de la casa en que el poeta se había refugiado. El error de esta noticia me fue manifiesto posteriormente, como se verá, por la relación detallada que me dio uno de sus más íntimos amigos, a cuya custodia infeliz accedió a confiarse con la aquiescencia de sus padres y su hermana viuda.

Mi primer informante se limitó, más que a referirme pormenores que acaso él mismo ignoraba, a desmentir las circunstancias que la espantada imaginación de un vulgo insensible a la evidencia incluso, por saturación del sufrimiento, añadía por modo macabro a la verdad de lo sucedido; como si no bastara al dolor, a la indignación, a la náusea física, la impiedad de tanta sangre, rebosante, con la de Federico, de los pecados de un pueblo, de la humanidad sí; pero sobre todo—se cansarán las gentes de oírlo antes que de repetirlo yo—sobre todo, influyente por las generaciones en las manos de los criminales y en el nombre de sus hijos, manchado para siempre en la conciencia—y en el subconsciente de su descendencia cuando se les borre la memoria—por la maldición inmanente y perenne de esa sangre irredenta.

Federico, según ese cuento, no había llegado al fusilamiento formal. Mi relator primero, no me habló de proceso, ni menos de juicio o procedimiento alguno. La delación de una criada le había entregado a los perseguidores de su escondite. Llevado que había sido en un furgón, todavía de noche, a las tapias del cementerio—camposanto para los cristianos—de un poblado próximo a Granada, Federico: que acaso pensaba, creo yo, en la verosimilitud de la misma fuga melodramática que Sardou apunta en *La toska*. Se dio cuenta no más le hicieron descender del carro carcelario, de la inminencia de su muerte. Clamó desesperado, impetró piedad. El tiro en la nuca de un guardia civil le dio sin más la paz eterna y la gloria inmortal de los espíritus puros.

El vulgo romancero no supo contentarse con tan poco. E inventó de boca en boca el colofón propicio a la musa arrabalera de un cuplé prematuro cuanto repugnante. Que no se haya escrito, no exculpa tampoco a los cantores verdelunáticos, a las juglaresas flamencoides, ciegos difusores—hasta por la radio—de toda poesía ramplonamente horrenda que se aprestan, prevalidos de la censura española y la condescendencia del mundo, de perpetrar quién sabe qué romances, qué tangos, qué endechas y lloros, de que él ya se reía en vida infinitamente.

La musa vulgar de la murmuración añadió a la realidad por demás cruel del momento, el estrambote espeluznante de un tiro sin gracia. Según esa referencia anónima, Federico habría quedado con vida aún, entregado al lívido amanecer de los cuervos. Al paso de un caminante sin rumbo conocido tampoco, el moribundo se había incorporado sobre las rodillas y pedido a gritos al viajero espeluznado que rematara su agonía. El nunca identificado transeúnte se perdió, corriendo la noticia, redundantemente horrorosa, por las encrucijadas del Albaicín. Lo cierto es que “le mataron al caballero—la gala de Medina, la flor de Olmedo...” sin epitafio ni cruz. Pero se sabe donde.

Nadie durante mi estancia en Madrid, del 46 al 47, se atrevió a explicar la insinuación, que flotaba en el aire impuro, de la cobardía de Federico ante la muerte que él esperaba más de otra conformidad, decentemente en su cama, en

comparación de tantas otras heroicas como se pregonaban, de un lado y otro de la borricada. Y borricada, no barricada he dicho, que a tan feroz coceo sangriento vino a parar, en tremendo e irreparable daño de los arrieros, la guerra de los rebuznos del *Quijote*.

Menos se atrevió nadie a proponerme la conveniencia de un pacto implícito en la sugestión de un azar tan infausto como imprevisible, en consideración al cual tanto hemos matado a Federico sus amigos como sus enemigos natos, y más quizá sus amigos de última hora, pues que entre tantos de siempre hasta la de su muerte, acompañan su memoria—en que no hay rastro de recuerdo compartido con la nuestra, con la mía por ejemplo mas próximo—, los mas acendrados camisas viejas de la Falange. No, no le hemos matado los que le queríamos así, como era.

Particularmente interesante me fue la entrevista, al cabo, con un viejo amigo de los dos, granadino por más señas y propenso desde joven al conservadurismo de las academias. Es hombre a quien una voz destemplada, una movilidad insana del cuello, y las pausas con que interrumpe el atropello incoherente de un discurso lógico, junto con una fealdad de moro, templada por la suavidad de la buena educación y el acento infeliz de un alma ingenua, han dado una apariencia, cuasi cómica, inconsecuente con su ser natural. Tiene una vena angustiante de loco y un sentido muy común de adaptación al medio.

Yo le vi llorar hace muchos años, como un niño que ya no era, ante la muerte de un poeta adolescente, cantado luego por García Lorca.<sup>3</sup> Y en esta ocasión, tras de mucho esperar a que yo le llamara y aun arrodillada a solicitarme audiencia, temeroso de que irreductible a todo compromiso de una amistad divina por una espada roja de sangre hasta la cruz, no quisiera yo reanudarla, podía hablarme, a rugidos como siempre, pero rociados de sensatez, en pugna con el chirrido de los tranvías que asolaban de trepidaciones el desgarrado tránsito de la calle madrileña por la que volvíamos de otro convivio reanudado también apenas, y casi espetarme, tras de muchas vueltas por alusiones de tanteo:

—Yo no he querido ser gobernador, gobernador: yo no he querido. A Federico, a Federico, lo mató la Envidia. La envidia de Granada.

## LA VERSIÓN DE LUIS ROSALES

Pocos años después me hallaba de profesor visitante en una universidad antillana, cuando se anunció la visita de dos embajadores intelectuales de la nueva España. No de México, ciertamente, que de siglos repudia tales novedades: de la España de Franco.

La embajada en cuestión, no más que oficiosa, y de las que se habilitan periódicamente para estrechar lazos, relajados por el uso, o rotos de tan fuertes, era ya harto exigua al llegar a la Isla. La componían dos poetas. Luis Rosales, el que aquí importa. El otro<sup>4</sup> cuenta entre los de la generación más o menos de la guerra civil, por de los mejores, a lo que me dicen más que por lo que sé. El tercero, en discordia que vino a ser, y que por primero se tenía en edad, saber y gubernamentalismo acomodaticio, era Agustín de Foxá, mal imitador del García

<sup>3</sup> Probablemente José de Ciria y Escalante.

<sup>4</sup> Leopoldo Panero (Félix Grande, *La calumnia*, p. 277)

Lorca más asequible, sobre todo en una comedia de pocos años atrás y que con el título de *Baile en capitania* remeda con poca gracia la de *Rosita la soltera*. Se quedó en La Habana luego del primer tropiezo de la comisión, o embajada, en Caracas.

En Caracas y en La Habana un público, poco propicio, recibió a los tan poco conocidos como ilustres huéspedes a puros tomatazos de infecto desecho. El Puerto Rico se la tenían preparada peor si cabe.

Un poeta, Luis Palés Matos, cuyos laureles ilustran de años ya el moderno Parnaso hispanoamericano, y cuya influencia negrófila es evidente en la poesía lorquiana inmediatamente posterior al gitanismo del *Romancero*, se aventuró a decir, bien que no todavía en la prensa local, que por su mano lavaría en la cara de Rosales la afrenta que ensombrecía a la Isla con la sola presencia en ella del asesino de Federico.

Me apresuré a sacarle de su impetuoso error. Del enemigo el consejo, aprendí en el Sumarísimo de Urgencia a que fui sometido, tras de raptado en Francia por la Gestapo y el secretario de la Dirección General de Seguridad de Franco, luego de delatado en mi refugio de La Gironde por el entonces embajador en París José Félix de Lequerica, hoy acreditado delegado español en las Naciones Unidas a Nueva York y su Wall Street—aprendí, digo, a establecer una “jerarquía de responsabilidades” en el rigor de la acusación, como conmigo hizo el fiscal de mi proceso, poniéndome en el cuarto lugar, a que ya tocó la intercesión divina y en el corazón (¿?) de Franco, para mi [mí?] indulto.

Yo sabía sin que nadie me lo hubiera dicho que Luis Rosales no podía ser el asesino de Federico. En el peor de los casos de conciencia, encubridor inconsciente. Todo lo más, cómplice por negligencia y en fin de cuentas oscuras, su simple y forzado súbdito por miedo insuperable.

Ello es que la protesta pública no se produjo: pero sí que los dos conspicuos intelectuales franquistas no hallaron más acomodo a sus apuradas disquisiciones literarias que la Casa de España, que en San Juan, como por doquier en toda América, satura de aparatosísimo gusto, el de por sí no muy depurado de las “buenas sociedades” más o menos capitalinas o provincianas.

Ni José Tamayo, el hoy acreditado director del Teatro Español de Madrid y a la sazón con su compañía, de origen granadino por cierto, en el Tapia de la capital borinqueña, se atrevió a viciar el éxito de sus representaciones con ceder la sala un día a los conferenciantes que la Universidad y el Ateneo repudiaban, y el gobernador no recibía, y sólo dos ateneístas, forzando un reglamento interior magníficamente liberal, obsequiaban en el privado de una sección o apartado, con estricta recepción y sucinta concurrencia.

Me aventuré a llamar a Rosales por teléfono, cuando ya se iba a marchar, solicitando verle. Y apuntándole el por qué.

Me contestó con efusión incontenible. No quería otra cosa desde su llegada. Sabía lo de mi defensa contra la imputación de asesinato que se le había hecho. Quería correr a donde yo estuviera en aquel momento. Me apresuré a tranquilizar su impaciencia. De intento, había esperado a la víspera de su partida para oírle la verdad—si quería decírmela—yo no era un juez y solo hay Uno, sin duda, que a todos nos ha de juzgar definitivamente, y de que es trasunto en pasatiempo—no tan divertido para muchos—la conciencia de cada cual; para oírle la verdad de cuanto se decía de la muerte de Federico.

A la media hora nos reuníamos en el hotel donde se hospedaba con su compañero, que solo asistió al final de mi visita para presentarme, previo mi consentimiento, al cónsul de España. No conocía yo a Luis Rosales sino de oídas; pero sabía, claro, de su gran intimidad juvenil con Federico.

Hombre ya hecho y derecho, un poco y un mucho “gitano señorito”,

conservaba todavía hace algunos años, los pocos transcurridos de entonces acá, cierta prestancia física e indudable atractivo personal, mezclado de altanería de la figura y afabilidad del trato. Casi lloró al verme, y lágrimas de desesperación le afloraron varias veces a los ojos en el curso de su relato. Volví a asegurarle que yo no era un juez.

Federico, según empezó a contarme Rosales, coincidiendo con el cuento de la Argentinista, había salido de Madrid pocos días después de la lectura amistosa de *La casa de Bernarda Alba*, acuciado por la opinión de tirios y troyanos que predecían inminente un levantamiento contra la República, incapaz a ojos vistas por parte del Gobierno de poner freno al furioso desate de las pasiones encontradas en la continua matanza con que se diezmaban a balazos los jóvenes falangistas<sup>5</sup> y los proletarios de izquierda. Federico decidió reunirse en Granada, como por lo demás solía hacerlo todos los veranos, con sus hermanos y sus padres.

Siempre tenía Luis Rosales aviso de su llegada o se veían nada más llegar. Aquella vez, y dadas las circunstancias, pues la familia Rosales estaba señaladamente adscrita a la clase social que se dice conservadora y si no Luis Rosales precisamente, un su hermano pertenecía a la Falange, Federico no había ido a verle en su casa. De allí a muy poco, estalló el movimiento titulado luego de glorioso oficialmente, de los militares, el alto clero y las clases pudientes en contra violenta de la República.

Granada, dominada como Sevilla y Córdoba por los rebeldes, se sometió a la jurisdicción de un gobernador militar y el alcalde socialista de la ciudad, casado con la hermana mayor de las dos de Federico García Lorca, fue destituido y preso. Luego, muerto. Federico, desde una huerta en las afueras de Granada donde estaba con sus padres, su hermana y los niños de ésta, llamó a Luis Rosales.

—Me encontré con un consejo de familia en torno a Federico, que iba le conocía usted!—me decía mi confidente—no sabía qué hacer. Estaba asustadísimo. Y no era para menos. Se habían presentado en su casa de la huerta unos individuos y después de maltratarle de palabra le habían instado a no moverse de allí, ni menos de Granada, so pena de pasarlo mal. Y sabe usted lo impresionante que era. Estaba nerviosísimo.

Yo recordaba en efecto las dos únicas veces que había visto a Federico en trance de mezclarse a una multitud levantada. La una, la noche del lunes siguiente al domingo de las elecciones republicanas del 12 de abril del 31. Estaba yo en el café de Lyon en Madrid, fronterero a la Casa de Correos por la calle de Alcalá, cuando se presentó Federico todo descompuesto, aunque disimulando el susto con chistes y vayas, escandalizado de la brutalidad con que la Guardia Civil de a caballo—que al día siguiente “se pasaba” a la República—disolvía a sablazos las alegres manifestaciones, pacíficas por enteramente desarmadas, con que un pueblo auténticamente regocijado celebraba el triunfo electoral de sus candidatos republicanos.

A punto había estado el propio Federico, simple transeúnte sorprendido por el tumulto, de verse bajo las patas de la caballería, machacado por los sables de plano o con la cabeza hendida por una hoja de Toledo, como había visto en otros infelices a quienes así se les turbaba el contento.

Otra ocasión fue en el pueblo de Fuenteovejuna, el año 35, donde habíamos ido a conmemorar a Lope en su tercer centenario, con la compañía del

<sup>5</sup> falanguistas, in the original

Español que yo dirigía, y de que eran empresarios y primeros actores Margarita Xirgu y Borrás.

No más comenzar la representación en la plaza, al aire libre, con el ayuntamiento por escena y habilitadas algunas habitaciones para camerinos, echó de ver Margarita que en un patinillo a que daba su ventana había un preso. Supo por él que se trataba de un detenido por anarquista forastero, temerosos el alcalde y el gobernador de la provincia de que pudiera haber algún disturbio, tenido en cuenta el ejemplo revolucionario de la obra y la proximidad todavía de los trágicos sucesos del año anterior, principalmente en Asturias, donde el empuje obrero contra la reacción gubernamental y la represalia que siguió por parte del gobierno fueron débil apunte del terrorismo de veinte años a la hora de ahora.

A punto estuvo Margarita de suspender la función, y desde luego no se dio la del día siguiente sin que fuera yo y Federico conmigo en calidad de huésped ilustre, a obtener de las autoridades la libertad, que conseguimos, del detenido.

El pueblo se enteró, claro, y en la función de despedida Margarita tuvo que contener, con su cuerpo incluso, la avalancha airada de los asistentes, que asaltaron el escenario, donde el secretario del ayuntamiento, personificación a sus ojos del comendador a quien acababan de ver arrastrado, quería dar las gracias oficialmente a los intérpretes de *Fuenteovejuna* por aquel espectáculo de arte (cuyas representaciones, desde la primera en Madrid, venían trascendiendo sin remedio a la política). Federico, entre burlas y veras, me reprochaba la afición a meterme “en líos” y buscar barullos. Y padecía en su ánimo ante la posibilidad de cualquier alboroto que pudiera degenerar en algo más.

Decir por ello que Federico era en todo ajeno al sentimiento liberal de su inspiración en *Mariana Pineda*, ni que le fuera indiferente el advenimiento de la República, es mentira. Verdad que no tomó lo que se dice partido por ninguno de los que constituyeron el régimen nuevo a la sazón. Pero aparte su amistad con don Fernando de los Ríos y la intimidad gozosa con sus parientes, en que contaba muy preferentemente su cuñado Montesinos, de filiación socialista; su vinculación a la Residencia de Estudiantes en Madrid y al espíritu de renovación escolar que significó “La Barraca” estudiantil en el orden artístico; por lo que concierne mi amistad la que nos demostró siempre a Manuel Azaña y a mí, desde que publicamos en *La pluma* algunos de sus primeros versos diez años antes de la proclamación de la República, y su actitud en contraste con la de Benavente y la de don Ramón Menéndez Pidal al producirse el año treinta y cuatro la escisión de los republicanos culminante en la prisión de Azaña en un cañonero—si para nadie puede ser dudosa mucho menos para mí, que la vi subrayada por sus opiniones inequívocas.

Rosales no insinuó siquiera que Federico vacilase nunca en su manera de pensar ni de sentir en lo que hace a la opinión política. Aducía su pusilanimidad para que yo me diera cuenta exacta de las dudas y vacilaciones de aquel día en que fue a la huerta de la familia García Lorca llamado a consejo.

—Su hermana fue quien me planteó claramente la situación. Había que sacar a Federico de Granada. Me ofrecí a ello en el acto. Delimitados los campos y tomada la ciudad al primer asalto desde dentro, había una tierra de nadie, sin soldados todavía de una y otra parte. Yo podía llevarle, sacándole en salvo, a donde pudiera fácilmente ponerse “del otro lado”.

Federico se negó terminantemente. Le daba espanto verse solo, a campo traviesa, en una tierra que por no ser de nadie, se le prometía un desierto sin abrigo. Ni hablar de ella. La hermana adujo la resistencia asimismo de Federico a ir a casa de Falla. “No, no, de ninguna manera. En primer lugar Falla está molesto

conmigo desde la *Oda al Sacramento*. Le había parecido heterodoxa. Pero, además, no, le molestarían a él. Han venido a buscarme, me han insultado de lo peor, me han amenazado si me voy. No, a casa de Falla, no.”

La hermana entonces insinuó—seguía diciéndome Rosales—que donde mejor estaría, caso de no salir de Granada, era en mi casa. Es siempre la suya, siempre lo ha sido. No me atrevía a proponerlo, porque se trataba de hacerlo salir. Y a mi casa se vino conmigo. En ella llevaba unos días cuando se presentaron nuevamente a buscarle en la huerta los mimos que le habían amenazado.

“¿Dónde está Federico? ¡Ya se ha marchado! ¡Le dijimos que si se iba le encontraríamos y lo pasaría mal!”

La hermana les interrumpió, creyendo lo mejor el engañarles con la verdad: “No, no se ha marchado. Ha salido. A casa de Rosales. A leerle unos versos.”

Fueron a mi casa. Estaba solamente la criada (de ahí la confusión de la noticia al atribuirle su delación). No supo negar que estuviera allí Federico. Se lo llevaron. Cuando llegamos los demás a la hora de mi indignación. [¿Falta algo?] El padre de Federico, junto con el mío, salieron a buscarle por cuantos sitios creyeron que podían haberlo llevado.

Tampoco supo Rosales negarme a una pregunta mía la existencia de *chekas* o lugares de detención y tormento, como los que atribuyen a los rojos.

“No lo encontraron en toda la noche. Pero al día siguiente, mi hermano vino con la noticia de que estaba en el Gobierno Militar. Allá me fui. En el estado de ánimo que puede usted imaginarse. Llegó<sup>6</sup> al gobierno: ‘¿Quién ha atropellado mi casa y sacado de ella a Federico?’ Se adelantó quien era: ‘¡Yo!’

“Tal me puse, que el propio gobernador me aconsejó que me fuera a casa. Obedecí relativamente tranquilo. Al día siguiente, cuando esperábamos que todo era remediable, volvió mi hermano con la noticia horrible: No había nada que hacer.”

Rosales se exaltaba, entre rabioso y abatido, preguntándome: “Pero ¿cómo es posible que no se sepa, que no lo sepa usted? ¿Sí el propio Serrano Suñer (siendo ministro de Negocios Extranjeros años más tarde y siempre cuñado de Franco) lo ha dicho y repetido públicamente! Yo no pertenezco a Falange, mi hermano sí; pero no fue la Falange. Quien lo buscaba, quien lo sacó de mi casa fue... aquí el nombre (que he olvidado yo, pero que no importa que yo revele aunque me acordase, puesto que tantos lo saben), de un diputado que fue de la CEDA, la Confederación Española de Derechas Autónomas.<sup>7</sup> —Sí, no sólo le autorizo a que cuente cuanto le he dicho sino que se lo ruego.”

Luego me refirió, sin alusión a otra cosa que al tiro del guardia civil al bajar a Federico del camión y darse cuenta inequívoca de adonde<sup>8</sup> le llevaban, lo mismo que mi anterior relator me había contado en España.

Quedamos en que yo procuraría transcribir lo más exactamente que pudiera lo que acababa de decirme y que se lo mandaría a La Habana, adonde se volvían Rosales y su acompañante al día siguiente; para que una vez comprobada

<sup>6</sup> llegó en el original

<sup>7</sup> Derechos Autónomos, en el original. Se supone que el diputado aludido es Ramón Ruíz Alonso.

<sup>8</sup> a dónde en el original

mi exactitud con su firma, viera yo de publicarlo.

Yo cumplí lo prometido; pero nunca recibí contestación de Rosales de La Habana, ni de ninguna parte. Tampoco volví a escribirle. Andando el tiempo, y no mucho, tuve ocasión, por otra persona que me merece amistad y confianza, de saber hasta qué punto era cierto, pero no completo, el relato de Luis Rosales.

*Publica hoy DIORAMA DE LA CULTURA la segunda parte del artículo de Cipriano Rivas Cherif, en que el director de escena español que trabajaba con García Lorca hace más importantes revelaciones sobre la trágica muerte del poeta, y los más acusados perfiles del carácter de quien fue el más alto representante de la generación poética española del [27].<sup>9</sup> Los dibujos de esta página son obra de Federico García Lorca.*

Falta algo. Y aun algos. Parece ser que cuando Luis Rosales se presentó en el Gobierno Militar de Granada a reclamar la devolución de la persona de Federico, sacado de su casa sin consideración alguna, tal fue su indignada protesta contra el ex-diputado—a la sazón lo era todavía legalmente—, que el gobernador tuvo que salirle al paso y amedrentarle, no rogarle, con castigarle también si no se retiraba inmediatamente y guardaba prudencia.

Parece ser que cuando el hermano de Rosales creyó saber, por decírselo el gobernador mismo, que nada se podía hacer ya, Federico vivía, y que sólo aquella noche se vio el Juicio Sumarísimo en que fue juzgado, digámoslo así, y condenado; por lo tanto, el gobernador militar evitó cuantos trámites y dilaciones pudo haber dado de sí una piedad elemental para salvar la vida del poeta. Parece ser no menos cierto que Luis Rosales sufrió detención unos días y no sé si condena unos meses, por haber intercedido hasta donde un temor tan prudente como comprensible se lo permitió, por Federico su amigo.

Y que el propio señor Rosales, padre de Luis, cuya decisión en contra de la República tampoco se puede poner en duda, hubo de pagar una multa de diez mil pesetas, por haber buscado aquella primera noche de autos, en compañía del padre de Federico, al poeta víctima de tan atroz barbarie.

Luis Rosales no supo qué razón ni motivo darme, cuando a vuelta de tantas protestas de sinceridad como me decía, le dije por despedida:

“Si no hubiera estado dispuesto a creerle, no hubiera venido; pero ¿por qué viene usted de embajador de Franco?” Luego de dudar un momento, de bajar la cabeza y levantarla de nuevo, sin desafío, me contesto por toda respuesta: “Eso, sería muy largo de contar.”

Habría que ver el testimonio de sentencia de Federico García Lorca para poder certificarnos del motivo legal que se atribuye a su condena. Acaso no lo haya. De todas suertes, queda en pie esta afirmación valedera: En la llamada guerra civil de España—prólogo de la del mundo, insistimos en ello, y sólo por los errores del mundo—ha habido atrocidades sin cuento. De que es prototipo la muerte de Federico García Lorca. Pero muy raras equivocaciones.

Los que mataron al poeta, sabían lo que representaba, pongamos que hubiera sido a pesar suyo, o por lo menos sin que él se diera entera cuenta de su representación, no por eso menos cierta, y por eso le mataron. Tampoco se equivocaron los que dieron muerte, estúpidamente contraproducente, pero bien a sabiendas, a Pedro Muñoz Seca, representante a su vez de una clase media que le tenía por estandarte de su chocarrera oposición a cuanto la República significaba.

¡Alto ahí! No estamos en paz. No lo podremos estar nunca ya en toda la acepción de la frase, los que estuvimos y estamos en guerra. Pero sobre todo, y en este caso concreto de la muerte de García Lorca y Muñoz Seca, hay una diferencia fundamental, un punto de conciencia, que a mi me redime el alma y a los asesinos se la hunde en su propio infierno. A Muñoz Seca lo mató la hez de un

<sup>9</sup> “21” en el original.

populacho exasperado, sacándolo de la prisión donde el Gobierno de la República creía poder tenerle a salvo, con otros delincuentes de la organizada furia de las patrullas y las checas, insurrectas también contra la autoridad del Gobierno y de sus legítimos representantes, suplantados más de la cuenta por revolucionarios adventicios.

Mientras que a García Lorca se le mató, con un simulacro de juicio legal, con la anuencia y la firma de la autoridad militar, bien que perjura, que por restablecer la que decían ausente de la legalidad republicana, faltaba a los juramentos y conculcaba las mismas leyes en que pretendía ampararse. El crimen de que fue víctima expiatoria Federico García Lorca es, por ello, doblemente monstruoso.

Para que la venganza a que se ha sometido el criterio cristiano de la justicia, sea más evidente en las circunstancias que concurren en la muerte del poeta es precisamente un guardia civil quien lo mata, no un verdugo titulado ni un pelotón de ejecución. No es pura casualidad que Federico García Lorca sea el autor del "Romance de la [Guardia]<sup>10</sup> Civil Española", que no tiene en su inspiración la intención que ha venido a darle su muerte, como le había dado trascendencia, por sobre la pintoresca compasión de los gitanos, el adscribir el romance, en el ánimo de sus lectores, a la enemiga que el pueblo siente por la benemérita institución, a cuenta de las transgresiones a sus principios en que ha venido cayendo desde que fue fundada.

El autor del artículo del *Figaro* de París, transcrito por *La gaceta literaria* de Madrid, insinúa, sin embargo, un motivo del que nadie, que yo sepa, se había atrevido a hablar como valedero para justificar, aun más atrozmente, la inmolación de García Lorca. El cronista francés llega a decir que a Federico no se le ha matado por ninguna causa política (no, por lo tanto, por los sicarios gubernamentales, ni los fanáticos de la causa española vinculada a Franco, personificador de la Falange, y de las fuerzas reaccionarias en contra de la República). No; sino por "motivos oscuros," que el cronista no cree necesario, por lo visto, esclarecer.

## LUZ EN LA OBSCURIDAD

Se quiere aludir a la misma perversidad de que la hipócrita Inglaterra fin de siglo acusó sañudamente a Oscar Wilde y porque fue condenado a dos años de trabajos forzados de que salió virtualmente muerto, aunque todavía para escribir la *Balada de la Cárcel de Reading*, su obra maestra.

Me aseguran que la especie procede de un pintor famoso (más, como muchas famas, por sus extravagancias que por su pintura), que<sup>11</sup> a Federico debe, aparte el genio de su arte, no poco de su inspiración y la dedicatoria de una oda magnífica exposición de una estética.<sup>12</sup>

Cierto que la maledicencia, envidiosa de una amistad que anunciaba triunfante su colaboración juvenil, atribuía la generosa admiración del poeta por

<sup>10</sup> En el original, "guerra".

<sup>11</sup> "y que," en el original

<sup>12</sup> Se trata de Salvador Dalí.

su amigo a complacencias “oscuras” de este, valga la palabreja para entendernos. No quiere decir, sin embargo, la tergiversada referencia de la muerte de Lorca por el cronista del *Figaro*, que la de Federico se deba a la sanción legal que supondría la convicción de semejante delito nunca penado en todo caso con la pena capital—salvo en el cuento, desvergonzadamente satírico, del empalado sonriente.

No, sino que la chusma internacional—que Federico rechaza asqueado hasta la náusea en su *Oda a Walt Whitman*, señalando en ella la diversidad de su tipos arrabaleros—y de ella la muy particular de los más bajos fondos de Granada, sin duda, le habría hecho objeto de no se cuál venganza de celos atroces, so capa de vindicación política. Y esto es lo que, al cabo, ha soliviantado, al fin, los pasos de honestidad removidos de la conciencia a la propia mano, por la pluma de Dionisio Ridruejo.

Yo no podía oír desde Ginebra el vocerío de la Radio Nacional de la Falange durante la guerra: pero alguien particularmente encargado de captar cuantas noticias del enemigo en casa, escuchó más de una vez la voz, poco académica entonces, de José María Pemán tachándonos de invertidos, en un mismo trío, a Federico, a Margarita Xirgu y a mí.

En todo caso, es sistema éste de la descalificación, digamos moral, que no sólo emplean con el adversario para desacreditarle en su hombría, o en su consideración social, en la opinión pública, en fin, sino con el amigo que puede estorbarles.

A mi salida de la cárcel, me encontré en Madrid, desamparado de su autoridad de inspector de la Falange en el extranjero, a otro conocido escritor, “de muy buena familia,” que diremos con eufemismo más que comprensible para quien conozca la comedia, famosa un día, de Jacinto Benavente. (Otro que tal ha sufrido, alternativamente, la misma imputación de afeminamiento por parte de sus enemigos cuanto la adulación de los afeminados de ínfima categoría, que de su Premio Nobel se ufanaban como propio y como si a esa condición se debiera.)

El destituido inspector de la Falange lo había sido por motivos entonces inconfesables, a saber, sus concomitancias y coqueteos con el Servicio de Inteligencia Inglés, y la acusación, creo que infundada, de francmasón,<sup>13</sup> cuando se hacia más necesaria la “neutralidad” española al Eje Berlín-Roma-Tokio.

El ministro de Negocios Extranjeros y “cuñadísimo” de Franco, tenía muy de antiguo en su mano muy otra inculpación con que hundir al inspector si se desmandaba. Y la empleó con escándalo. Se le formó un tribunal de honor, ante el que había de responder de la imputación que de homosexualismo se le hacía. No contaban con la huéspeda: al presentarle al inculcado como piezas de convicción buena parte de desnudos, más o menos en su compañía, no vaciló en señalar, al pedirle su identificación, la del que más llamaba la atención de los expertos: “Sí señor—parece que dijo—, es el jefe de la guardia mora.”

El cuento, como veraz, corría por todo Madrid cuando a mí llegó. Sabido es que los moros practicaban sin pecado el efebismo.

No he relegado a esta oportunidad, ni con el enemigo declarado, el salir por el buen nombre de Federico. Con ocasión del ensayo general de *Yerma* en el Teatro Español, se nos enfadó un periodista, por si ante la insospechada concurrencia, que no esperábamos hasta el estreno, habíamos hecho finta de suspenderlo, y luego de medio desalojado el teatro, dado el ensayo ante unos cuantos invitados.

<sup>13</sup> “fracmasón,” en el original

El periodista no encontró mejor represalia que salirse al día siguiente con una nota insidiosa en que se hacía notar el que se hubiese permitido la permanencia en el teatro sólo a unos cuantos “de esos jóvenes pálidos que no beben vino,” con fácil recuerdo de la afortunadísima frase shakesperiana. Federico al leerlo se me mostró acongojado, aunque gracioso en la viveza de expresión y el tono andaluz con que se lamentaba de acción tan fea.

No le dije nada; pero le leí al día siguiente la carta con que prohibiéndole al sujeto en cuestión cualquier arrepentida invocación a nuestro antiguo conocimiento, ya que no amistad, le advertía que no se le ocurriera volver a presentarse en el teatro.

Le añadía en abono de mi hombría, por si me implicaba en “los amigos pálidos de Federico,” mi ya inveterada rubicundez de bebedor siempre que haga falta y, sobre todo, la inquisición que podía hacer en su propia casa donde su madre y sus hermanas tenían de huésped a una mi excelente amiga; no por otra cosa.

Cual no sería mi sorpresa al verme solicitado a poco de salir de presidio—y a través también de dos buenas amigas—, por un conspicuo falangista y de la policía en tiempos, a cuyas manos, en un registro casero, había llegado aquella mi carta en defensa de Federico. La devolví en prenda de amistad a quien así la defendía contra la insidia. La quemé en su presencia. El destinatario estaba ausente y muy lejos de España. Si no, se la hubiera restituido.

## UNA NUEVA MORAL

Margarita Xirgu, que sentía por Federico simpatía, admiración, afecto inequívocos, me había dicho, de algún tiempo atrás, que nuestro gran amigo me tenía miedo. Me eché a reír, más todavía de lo que solía hacerlo con él, aunque a decir verdad había toda una nueva hornada de poetas, de artistas, de estudiantes con quienes Federico departía como uno más—aunque siempre excelente, descollante—, con quienes ya no me sentía tan a gusto como con mis habituales contertulios de una mesnada, que pudiéramos decir mejor que generación, de una quinta militar, de una promoción, un poco anterior. Hasta entonces me había divertido siempre más la compañía de los más viejos que yo.

Margarita me lo explicó en pocas palabras: Federico me tenía un cierto respeto temeroso por la franqueza de mis burlas para con otras gentes incluso respetables o que por tales se tenía comúnmente. Según ella, no se mostraba conmigo con toda la espontaneidad de que era infantilmente capaz. Pensando en lo que Margarita, cuya sagacidad era naturalmente pareja de su intuición artística, me advertía, caí en la cuenta de que no hacía mucho, como me invitara García Lorca a la Residencia de Estudiantes a una lectura de *Los títeres de Cachiporra*, concurrieran a ella unos cuantos muchachos, los más de ellos en traje de fútbol, porque sin duda volvían de jugar.<sup>14</sup> Se vio obligado ante la bulla y algazara que movieron casi todos, a cuenta de un compañero, a quien por la ventana se veía en trance de secarse de la ducha que acaba de darse, a interrumpir lo que nos estaba leyendo, y conminarles, no sin participar un momento en sus risas y bromas, a que nos dejaran si no les divertía escuchar.

El que yo no me sumara a la curiosidad por el bañista, y ajeno a aquella camaradería un tanto descarada, me retrajera del pequeño alboroto, junto con el

<sup>14</sup> La división de frase no está en el original.

silencio que para el propio Federico me impuse de todo comentario, fue, sin duda, el motivo de que nunca me hubiera hecho confidencias que tampoco tenía por qué hacerme, dado que las circunstancias no las habían favorecido, ni las autorizaba una convivencia mayor de la que nuestro trato permitía; pero yo entendía muy bien la desbordante expansión de Federico, tras de la cual el pudoroso recato de lo que reservaba para una intimidad compartida.

Aquel atraque personal, por el ensayo de *Yerma* y mi particularísima defensa sin mayor escándalo, me hicieron, cuando llegó la ocasión, merecedor de una confianza, desesperada hasta cierto punto, por la inesperada oportunidad que la produjo; pero no por eso menos de agradecer por mi parte; precisamente porque ninguna pasión pasioncilla, ni otro interés que el de descargar el ánimo con un amigo, sin prurito médico, ni propósito sacerdotal, simplemente lo que se dice amigo, le llevaba a decirme lo que me dijo; que no he publicado hasta ahora, sino en la intimidad también de quien quisiera entenderlo y que ahora publico, a petición del editor responsable de esta hoja, porque cree conmigo que no hay por qué acallar con la prudencia y el disimulo, la verdad que no por resplandeciente hiere.

Es llegada la hora de que las gentes de buena fe y mejor voluntad no añadan al escándalo de la indefensión de los inocentes, el insistente agravio de la cobardía en daño de su opinión. No hace muchos días que un poeta a que se puede, yo sobre todo, contar todavía entre los jóvenes, Juan Rejano, ha dado preciosa conferencia sobre "Federico García Lorca a los veinte años de su muerte."

Tocó en ella los puntos esenciales de su arte poético, y apuntó su calidad social, los motivos de su inspiración, la causa general a que se adscribe su lirismo, hasta la muy particular y no tan comprensible, me parece, para tan agudo y cordial comentarista como para mí, de la *Oda al Santísimo Sacramento del Altar*; pero pasó como sobre ascuas por la *Oda a Walt Whitman*, de la que apuntó sin nombrarla unas líneas y sí luego de mencionar los *Sonetos del amor oscuro*, no publicados hasta después de su muerte en sus obras completas, el conferenciante señaló en la alegría estentórea—lo era su risa—de la camaradería de Federico, el fondo dramático y aun trágico, transparente en su poesía, se detuvo en los puntos suspensivos, conque aludiendo a una angustia capital en su vida, la eludió al cabo sin darle nombre conocido ni diagnóstico preciso.

No era precisamente angustia metafísica, ni mucho menos conciencia de un pecado nefando, del que no pudiera a su pesar desprenderse. No, sino ahogada alegría, con que se entregada a una pasión que la moral imperante, en la sociedad que vivimos, condena en la letra de sus preceptos y en el convencionalismo normal de los unos y costumbres admitidos como sanos. No es una opinión derivada de su lectura o de la observación de su conducta. Es la explicación que saqué de lo que hablamos, casi por última vez, y que sellaba una confianza, repito, una mutua comprensión, basada precisamente en las diferencias que nos separaban y no en afinidades que por igual nos separasen a él y a mí del común sentir y obrar de las gentes.

Al acudir una tarde a prima hora, como todas, al teatro Palace, de Barcelona, donde ensayábamos la nueva versión escénica, conforme la quería Federico—diferente de las que habían dado la Compañía Díaz-Collado y la de Lola Membrives—, Margarita Xirgu, extrañamente nerviosa, me instó a que buscarse al autor. Insistía yo en esperarle, porque nunca se retrasaba mucho, y Margarita, a su vez, me conminaba a que dejando yo todo quehacer en el ensayo fuera sin demora por Federico.

No acertaba a explicarme el desasosiego de nuestra amiga y primera actriz;

pero no dejaba de inquietarme tampoco, porque en más de una ocasión las previsiones de Margarita, rayanas en la alucinación, le habían advertido, y a todos nosotros, de la inminencia de algún peligro o trastorno de nuestra tranquilidad habitual.

A Federico le había dejado yo, entrada la madrugada, luego de improvisada fiesta, en compañía de otros amigos, habituales compañeros de inocentes parrandas, como Juan Tomás y Guasp, con quienes más de una vez he recordado en México aquellas veladas descuidadas de Barcelona. Habíamos estado en casa de "Juanito el Dorado," establecimiento pintoresco, en un patio rodeado de alta galería, donde precisamente nos acomodamos, sede del cante y baile andaluz, en competencia, muchas veces ventajosa, con la taberna o colmado de los Borrull.

A poco más de la medianoche, cerró la puerta el dueño en honor nuestro y se improvisó, con las artistas, sus acompañantes y los amigos que con nosotros iban, uno de los espectáculos de cuantos Federico, cuando se hallaba en vena, reservaba estrepitosamente alegre, a la camaradería amistosa. Cantaron y bailaron, acompañados de buenas guitarras, las gentes de la casa los estilos que cantaores y bailaores de cepa guardan para el buen catador; y Federico con ellos, improvisó como tantas veces en la variedad de su repertorio propio y ajeno, de canciones antiguas, remozadas y transcritas por él y sobre todo, lo que jamás supo hacer para un público de pago en los teatros (donde apenas si la Argentinita, cuando asesorada por Ignacio Sánchez Mejías en su última época, acertaba a interpretar para un público, siempre por numeroso y heterogéneo, menos sensible), el inefable regocijo de su gracia personal con que se regalaba y regalaba, en uno de los mejores teatros de cámara que me haya sido dado ver, a los amigos que él sabía tan gustosos de aquel arte sin par; porque añadía a la redicha espontaneidad de los gitanos y flamencos, la distinción inequívoca de su personalidad incontable.

Yo le había acompañado, ya con las luces de la mañana, cuando los puestos de libros de la Rambla cambiaban la literatura pornográfica por los devocionarios y estampitas del público de la primera misa, hasta su alojamiento del hotel Majestic. No podía extrañarme que se hubiese quedado dormido; sí el que Margarita, a pesar de mi explicación, siguiese acuciándome para que le buscara, temeroso de no sabía qué presentimiento.

Tampoco me preocupó no hallarle por teléfono en el hotel. Y como me fuera a dar una vuelta y tiempo al tiempo en que pudiese llegar al ensayo, me vi sorprendido al entrar en un café al paso, por la figura de Federico, como ensimismado, de codos en una mesa, y mirándome desvaído, sin verme, al acercarme presuroso.

Estaba como loco. Era otro, que nunca hubiera sospechado en él.

Al primer silencio con que contestó a mi pregunta, en que quise, ya muy malamente, disimular mi inquietud con el reproche por su tardanza al ensayo, sucedió la impaciencia por lo que él estimaba voluntario desistimiento, por mi parte, de darme por enterado.

Cuando se convenció, no sin esfuerzo mío, de que no tenía la menor referencia de lo que quería que yo supiese sin decírmelo, tampoco supo decirme, sino de buenas a primeras:

—No ha ido a casa en toda la mañana. Se me ha ido. ¡Y eso sí que no!

Logré, con insistir en mi inocente ignorancia de cuanto tampoco podía comprender Federico que yo no supiese que se desahogara contándome lo que le pasaba.

Es verdad que había advertido (y ahora que él me lo decía me daba cuenta

de lo que podía significar para Federico) que un muchacho, de sus discípulos y ayudantes de “La Barraca universitaria” que con nosotros había estado en casa de Juanito el Dorado, al salir y sin despedirse, se había marchado con una de las gitanas de aquella tribu artística. Yo no le había dado mayor importancia, tanto más que Federico nada dijo en consecuencia, en nuestro camino hasta su hotel, donde yo no sabía que desde la llegada del guapo mozo—porque lo era—, al parecer para preparar la excursión de “La Barraca” a Barcelona, estaba alojado con él.

Contado por lo menudo, sin la voz, el gesto, en que se pintaba la más angustiada desesperación de Federico, aquella su íntima tragedia, puede parecer indecente. Oyéndola, nadie hubiera podido resistir a la compasión—en el verdadero sentido de la palabra, no a la lástima conmisericordiosa—que inspiraba su relato. En abono del cual me mostró, ostentadamente violento, un paquete de cartas, que hojeaba rápidamente, en mucho menos que se cuenta y mucho menos que se escribe, señalándome con la seguridad de quien los tiene de memoria de tan releídos, los pasajes ejemplares de la traición a la amistad más infeliz de cuantas su imaginación aducía en abono y descargo de la suya dolida.

Había conocido a su amigo, por una carta espontánea de joven admirador al poeta del *Romancero gitano*. La segunda muestra epistolar que me enseñó denotaba<sup>15</sup> la inocente sorpresa de quien no suponía la irregularidad del sentimiento que su sola presencia había causado en el ánimo de Federico. Unas cuantas pasó por alto, hasta dar con otra en que se resistía el estudiante a creer que no fuese burla injusta el desborde de una amistad que el poeta le ofrecía, insinuándole una pasión increíble. Al caso de una resistencia en que el muchacho se defendía de la para él insospechada culpa hasta entonces, del efecto de su ingenua admiración por el poeta, quien a su vez parecía ganado por la extrema sensibilidad con que el nuevo lector se le antojaba superior en entendimiento a cuantos pudiera haberle valido la publicación del libro famoso luego, el rendimiento a la evidencia, en su ánimo también, de un sentimiento nuevo, que si le había puesto en confusión, le descubría una correspondencia inédita, y no ya sólo espiritual, con quien le hacía objeto de una inspiración, que él había creído procedente de veneros más claros a sus ojos y a su conciencia.

Por último, la satisfacción completa el deliquio amoroso. Y todo ello, respondiendo con simplicidad sin mezcla de lo que, a no sublimarlo la poesía de Federico y la declarada entrega, parecería vicio infame; respondiendo con alegre sacrificio—que ya no se le hacía tal—a la gloria que suponía para su contento, un destino, que tampoco era ya infausto después de vencido todo escrúpulo por el rapto del entendimiento a merced del gusto de ser modelo vivo de un ideal, hecho verbo y carne sensual y sangre de amor en los versos de Federico.

—No me digas que no lo sabías. ¡Tú que te enteras de todo y todo te divierte!

Entonces comprendí por entero la advertencia de Margarita Xirgu respecto al temor que Federico pudiera sentir por cualquier burla posible de mi parte, no obstante nunca hasta entonces haberle yo dado pábulo con la menor indiscreción, ni aun por broma sin acritud, a que tal temiera.

Nunca hubiera creído que Federico, de suyo más sobre sí, se viera tan necesitado de ayuda como para hacerme confidente de tan apurada situación. Era verdad que yo no sabía de todo aquello sino lo que la maledicencia o el peor disimulo amistoso dicen con razón o sin ella, señalando la lacra que puede

<sup>15</sup> “donotaba,” en el original

menoscabar la opinión de un elegido de las musas.

Tuve miedo un momento. ¿A qué llevaba consigo aquellas cartas, que de nada podían servirle sino para destruirlas? Y destruirse. Procuré calmarle:

—Sabes—le dije—que no me vas a *epatar*.<sup>16</sup> Nada me escandaliza, a no ser la impostura, la hipocresía, la mentira con daño de otro. No me asombro de nada. Creo que hasta cité pedantemente un verso de Mallarmé, que, incluso traducido, había estado muy en boga repetir unos cuantos años antes: “La carne es triste ¡ay! y he leído todos los libros!” Protestó:

—¡La carne es triste, muerta! ¡La carne viva, la carne palpitante es la alegría de vivir! Yo no estoy triste. Estoy desesperado. Por la traición a mi carne, a mi sangre, a todo lo que es mi cuerpo y mi alma.

—Hablemos sin rodeos y no en verso.

—Eso es indigno de ti. Nunca se dice toda la verdad más que en verso, en verso desnudo, como ella.

—Bueno, hablemos claro: Entiendo todo, comprendo todo lo que me has dicho. Pero no hay esa posibilidad de amor, de compenetración que buscas que quieres de la manera más difícil, más que con una mujer.

Me aseguró que no había conocido ninguna, con ser tantas las que de continuo le rodeaban, gustosas de su compañía, halagadas con su trato, enamoradas. Federico era lo que se dice fascinante. Le salí al paso nuevamente, procurando llevar la gravedad de la conversación a la salvedad del buen humor:

—Eso sí que no te lo creo aunque me lo jures gitano, por los vivos y los muertos.

—Yo no soy gitano, soy andaluz, castellano colonizador de Andalucía. Y no he conocido mujer.

—Bueno, riéte, aunque sea de mí. Pero ¿cómo me vas a convencer de que tú, uno de los hombres más curiosos del mundo, que lo eres como motivo de curiosidad para todo el que busque lo extraordinario y como curiosísimo tú mismo todo cuanto el mundo nos ofrece, te has privado de la mitad del género humano?

—¿No te has privado tú de la otra mitad?—me respondió rápido—. Lo que pasa, si es verdad lo que me dices, es que eres tan anormal como yo. Que lo soy en efecto. Porque solo hombres he conocido; y sabes que el invertido, el marica me da risa, me divierte con su prurito mujeril de lavar, planchar y coser[,] de pintarse, de vestirse de faldas, de hablar con gestos y ademanes afeminados. Pero no me gusta. Y la normalidad no es ni lo tuyo de conocer sólo a la mujer, ni lo mío. Lo normal es el amor sin límites. Porque el amor es más y mejor que la moral de un dogma, la moral católica; no hay quien se resigne a la sola postura de tener hijos. En lo mío no hay tergiversación. Uno y otro son como son. Sin trueques. No hay quien mande, no hay quien domine, no hay sometimiento. No hay reparto de papeles. No hay sustitución, ni remedo. No hay más que abandono y goce mutuo. Pero se necesitaría una verdadera revolución. Una nueva moral, una moral de la libertad entera. Ésa es la que pedía Walt Whitman. Y ésa puede ser la libertad que proclame el Nuevo Mundo: el heterosexualismo en que vive América. Igual que el mundo antiguo.

<sup>16</sup> galicismo: “escandalizar”

*Es éste el tercero y último artículo que sobre Federico García Lorca ha escrito Cipriano Rivas Cherif, quien fuera amigo y colaborador del poeta andaluz desaparecido hace veinte años.*

Una vez tranquilo y recobrado el humor defensivo que parecía haber perdido, continuó dándome y dándose los motivos y razones que le justificaban ante sí mismo: —Esta fuerza apasionada de la amistad, la tengo desde muy chico. Antes de eso que se llama el uso de razón. Cuando iba todavía a “La Amiga” (la escuela de párvulos, que en tiempos de Góngora era sólo de niñas: “Hermana Marica—mañana que es fiesta—no irás tú a la Amiga—ni iré yo a la escuela”). Cuando iba todavía a la “Amiga,” le tomé tanto cariño a un chiquillo un poco más pequeño que yo—y yo no tenía cumplidos los siete años, que estuve a punto de tirarme de la torre de la Vela abajo, porque se fueron de Granada a un pueblo los padres del niño y se lo llevaron, claro, con ellos, dejándome sin compañero. Sin compañero de juegos, exentos de la menor picardía, ni intención del sexo inocente. Pero yo le prefería entre todos.

Me gustaba acapararle, separarle de los demás y que jugase sólo conmigo. Después, cuando me he podido dar cuenta de mis preferencias, he sabido hasta que punto lo que me gusta es eso que le dicen “pervertir”—y se interrumpió con una risa en que no había asomo de perversión—de pervertir a los jóvenes que ya saben lo que se hacen, y sobre todo, mejor cuanto más hombrecitos. Y volvía a reírse sin maldad, de sí mismo, de la falsedad de tanto pacatería como se asombra y convierte en vicio nefando lo que él estimaba una expansión tan natural como tantos connubios de hombre y mujer que, tenidos por naturales o disculpados por lo menos, participan de todas las abominaciones de la sensualidad más pervertida.

Pero en las aficiones amorosas de Federico no había maldad. Su ternura, su afecto por los niños no tenía el menor asomo de confusión del sentimiento, y con los niños se entendía en una perfecta comunión de dos inocencias, como descargada la suya de toda contaminación perniciosa. Recuerdo la ilusión con que mi primer hijo, que apenas tenía tres años, escuchaba por teléfono la voz de Federico, haciendo de “perrito,” un perrito que hablaba, y que decía tener en su casa, para maravilla del chico, a quien tardó años en borrarle, con recuerdos menos placenteros, o más propios en todo caso de cada edad, la primera memoria de aquel gracioso engaño.

En cuanto al gusto, de su trato con las mujeres—tenía excelentes amigas—en que, a creerle, no hubo nunca la menor intención sensual, atribuía la frigididad de sus emociones con ellas al respeto innato que acompañaba, sin duda en el substrátum de sus recuerdos infantiles, el de su madre, saltando de la cama junto a su cuna para atenderle si se despertaba. A esto ya le respondí, para acabar, tranquilizándole del todo, la confianza tremenda de aquella tarde en que acabamos los dos faltando al ensayo:

—Esto sí que ya no es intuición tuya. Lo has leído, mucho tiempo después, en una traducción de Freud.

Se rió, por fin, junto conmigo.

## AMOR Y AMISTAD CONFUSOS HASTA DESPUÉS DE LA MUERTE

He aquí un título que hubiera convenido al prurito lopesco de Federico en esta apurada realización que hago de su vida, tal como por él mismo me fue

revelada aquella tarde de su primera y última confidencia para conmigo. Acabé de tranquilizarle, repito, con la seguridad de que el joven amigo en que se complacía tan enteramente, volvería a él sin mucha tardanza. Ni podía achacar a veleidad, ni menos a traición, el que divertiera con una gitana la segura insatisfacción que la exuberancia viril de su mocedad había de encontrar siempre, en el goce incompleto, por muy aventurado y novedoso que su apasionada amistad se lo diera, en la materialización corporal de su verbo hecho carne demoníaca, en la espiritualización poética de los más insensatos ardores de la libido.

Y poco que el propio Federico se hubiera reído—la risa era en él desahogo más propio que el de las lágrimas ante la contemplación de sí mismo, no digamos del mundo en torno suyo—poco que se hubiera reído viéndome debatirme con el circunloquio y el vocablo técnico, con la perífrasis y el rodeo pedantescamente literario, para dar una idea, desvaída, lejana, de la simplicidad popular con que hablando lisa y llanamente expresaba él con limpidez extraordinaria—los sentimientos que la fuerza de las conveniencias hace oscuros al escribirlos literariamente; sin que, por otra parte, la libertad de expresión del pensamiento que se tiene por una de las conquistas del mundo moderno, sea literalmente valedera, ante la continua cortapisa que la normalidad de la conversación pone a la libérrima exactitud con que nos entendemos en privado—quiero decir en confianza—y con la misma precisión sin eufemismos del pueblo, al hablar lisa y llanamente y sin los subterfugios de la buena educación o las reservas del bien parecer. Ese encanto que en la literatura de Federico, como en la de Valle-Inclán, trasciende de la premeditada confusión del regusto clásico, pedantesco incluso, del énfasis latino y griego, del hipérbaton académicamente elocuente, con el desgarrar contundente del vocablo propio, de la palabrota, traductora del sentimiento preciso y sin ambages, que Cervantes hallaba demasiado humano en los pasajes de *La Celestina* y que nosotros achacamos al mismísimo autor del *Quijote* cuando de referirnos se trata a las fuentes más puras, para justificar nuestra libertad de expresión por medio del lenguaje más desnudo posible, como es el del pueblo inocente de literatura; no el populacho arrabalero, pseudociudadano, gustosamente influido, no ya de los corridos y romances; de los boleros propios para limpiabotas y sus coimas de esquina.

De allí a pocos días, y en los preparativos ya del viaje de la Compañía a México, me dijo Margarita de buenas a primeras que había que contratar a R.—el muchacho amigo de Federico.<sup>17</sup> Ya se lo había dicho al gerente, hombre discretísimo y excelente administrador que como propios servía los intereses de la empresa. Me permití protestar: ¿Contratar a R.? ¿A santo de qué? Margarita insistió: Federico nada le había dicho a tal propósito; pero ella sabía muy bien que Federico no vendría con nosotros si no nos acompañaba R. y ella quería que Federico viniese, como nos lo tenía prometido. Al fin y al cabo, R. trabajaba con Federico en “La Barraca” estudiantil. Podíamos agregárnosle de actor, de secretario, de carpintero, cualquiera que fuese el pretexto, le parecería bien a ella con tal de no privarnos de la asistencia personal de Federico en nuestra excursión.

No hubo manera. El muchacho estaba por terminar no sé qué carrera de ingeniero, me parece, e ignorante su padre del motivo de nuestro deseo de traérselo, aunque no ponía mayor empeño en disuadirle de “La Barraca” estudiantil aunque le pareciera que más le distraía de sus estudios que le ayudase

<sup>17</sup> Rafael Rodríguez Rapún.

en ellos, no le dio la autorización que necesitaba para el viaje. Federico, pretextando que tenía que terminar, precisamente para Margarita, la *Bernarda Alba* y que apenas la terminase se vendría con nosotros, a reunírsenos en México, se quedó en España. Margarita no se consoló de aquella defección y no había día en que no nos instase a que lo hiciésemos a Federico, ya desde La Habana, y a nuestra llegada aquí, recordándole su promesa.

Diez años después, al salir de los presidios de Franco, quise inquirir en Madrid qué había sido de R. Estaba certificada su muerte en campaña, del lado del Gobierno de la República. Contra los asesinos de Federico. No he podido comprobar la exactitud de una relación legendaria, según la cual, desesperado al saber su muerte en Granada, se habría alistado voluntariamente en el ejército. Me contaron de cómo un día, al cabo, saltó de la trinchera en que estaba, diciéndole al compañero que tenía al lado: "Voy a que me peguen un tiro." Y que dicho y hecho, de la trinchera enemiga y próxima le dieron el que se lo llevó con Federico.

Respetemos la memoria, tan ejemplarmente diversa de la de Douglas para con Wilde, de quien sobre todos los llantos, de su madre al último de sus amigos, que hasta en el tiempo lo soy yo (al padre lo mató la lenta gravedad de la pena), no quiso sobrevivirle, huérfano de razón ni motivo en que poder sostener la inanidad de una vida, avocada a más tremenda amistad que la de Cástor y Pólux, espejo de los siglos y las generaciones.

## SEXO Y CARÁCTER EN LA POESÍA Y EL DRAMA DE GARCÍA LORCA

De 1911 data mi primera lectura en Italia, donde acababa de publicarse traducido del original alemán, el libro de Weininger *Sexo y carácter*. Su autor, por ese solo libro famoso, era un joven médico austríaco, llevado al estudio de la psiquiatría por la misma propensión homosexual que lo indujo a la desesperación del suicidio en plena juventud. Weininger fue, pues, precursor de Freud, Adler y sus seguidores, opositores y más o menos discípulos poetas, novelistas, filósofos en la investigación de las llamadas anomalías sexuales. El punto fundamental de la teoría expuesta en *Sexo y carácter*, es el de que la diferenciación sexual del feto en los primeros meses de la gestación persiste larvada aun en la madurez del ser humano, con acusadas proporciones en las edades críticas de la mujer y el hombre. Ello quiere decir que el varón o la hembra, perfectos, no existen en la especie humana; ni en los seres de la especie animal cuyo instinto parece más asequible a nuestra sensibilidad. Esa indiferenciación justificaría en cierto modo la confusión del objeto amoroso que constituye el motor principal, la inspiración de la creación artística. Paladinamente en la antigüedad clásica y en la época más inequívoco de su Renacimiento: la que estamos viviendo, agravada por el reconocimiento científico de la subconciencia en la complejidad de la vida fisioanímica.

Dante en *Vita nuova*, el Petrarca en sus sonetos, colmaron a su Beatriz, a su Laura, de cuantas perfecciones inefables de su deseo. Más o menos conocidas a tenor de la celebridad de su cantor, nombre sabido tienen muchas musas vivas de nuestro mundo más presente: la Teresa (con apellido de Mancha) de Espronceda, Francisca Sánchez de Darío, la Amada Inmóvil del Amado Nervo, Zenobia Camprubí de Jiménez, concreta, desde el *Diario de un poeta recién casado*, en las previsiones, menos evidentes al lector, de su inspiración más abstracta. Particularmente curiosa por la inanidad de su sentimentalismo, la musa

autobiográfica de María de la O. Lejárrega<sup>18</sup> de Martínez Sierra, al prestar a su marido, a cambio del nombre literario, la dedicación que a sí misma se hace en *La casa de la primavera* de los poemas hogareños que su imaginación le miente, puesta en la pluma que él nunca usó.

No sé de ningún poeta que como Oscar Wilde en su novela poemática del *Retrato de Dorian Gray* declare tan evidentemente su dedicación a otro hombre, por más que efébo y hermoso. Los sonetos famosos de Shakespeare, no está del todo demostrado ni mucho menos que fueron inspirados por la pasión homosexual.

No hay en la poesía de García Lorca, en todo el proceso de su desarrollo, la menor alusión concreta a la pasión de que se le acusa como nefanda. Tampoco a ninguna mujer. Ni, pese a todo lo que me contó y he contado, llegó a tomarle el amor desvariado tan fuertemente y por un solo amigo, como para desvirtuarle de su pasión verdadera: la poesía. Todo en él era poesía: no muy bien parecido de cuerpo—un tanto rudo y tosco—demasiado acusadas las facciones del rostro, más de campero que de gitano—y ya he dicho hasta qué punto los compadecía, sin rebajarse, a la condición de calé, raza, por perseguida, en que todo engaño tiene acomodo, y él era la alegre verdad de la risa—había sabido concentrar en la luz de sus ojos oscuros la fuerza de atracción de una mirada inolvidable. Un dolor como de presentimiento, sí, templaba de melancolía la gracia de su expresión. Extremadamente sensual por naturaleza, “la luz del entendimiento” le hizo comedido, conceptuoso, no obstante el aparente barroquismo de las imágenes poéticas en que concitó sus romances, sus canciones, sus kasidas, sus sonetos, sus odas, el lirismo de sus dramas. Salvo alguna dedicatoria personal cuya trascendencia al concepto general del dolor, de la amistad, del amor, de la exaltación de la hermosura o la gracia pasajeras, es siempre mayor que la del sentimiento particular que la inspira, no hay en la poesía—siempre dramática—de García Lorca, biografía de ningún apasionamiento musaico. Y por mucho que el sexo le llevara al goce material del sentido más fuerte, lo era mucho más la cerebración, incluso inconsciente, de sus inclinaciones y deseos, sublimados, por decirlo así, en una deformación de la mente, en un apuramiento de la sensibilidad, que agudizando una y otra, corregía el sentimentalismo del abandono con la certeza de la posesión, y la impasibilidad de la autodisección, con la propia entrega a la ventura y el azar del descubrimiento, de la comprobación, del designio, cumplido, de la conquista, del dominio personal.

De ahí que la raíz popular de su canto trascienda, desde los primeros balbuceos de su poesía, a concretar en imágenes extremadamente sensuales, cargadas de contemplaciones, de rumores y músicas, de olores, de acideces y dulcedumbres, de temblores, de contactos, de suavidades de piel, a concretar digo, en elucubraciones, difíciles necesariamente a primera vista, las abstracciones de una razón poética, que como todo panteísmo artístico no es asequible por el simple discurso, sino por una intuición similar a la del poeta, flotante en el ambiente de la época.

Como Góngora, más que como Lope, García Lorca se alimenta de dos corrientes que pretende unir en un solo cauce (las mismas de las letrillas y romances tradicionales, y del *Polifemo* y las *Soledades*). Modernamente, aunque el acuse de su personalidad se manifiesta luego luego diferente, procede, como todos los poetas hispánicos de este siglo quieranlo o no, confirmados o renegados de su bautismo, procede de Juan Ramón Jiménez.

<sup>18</sup> “Lejárrega,” en el original.

No es cierto, ni mucho menos, que el éxito de su *Romancero gitano* y más después de su muerte que en vida, de su teatro, determinaran en él sometimiento alguno al gusto del público en general. Por el contrario, se esforzaba en una expresión que por más intencionadamente exacta, propendía cada vez más a lo abstracto y aun a lo abstruso.

Cierto que no había procurado el estreno ni la publicación de dramas como *Así que pasen cinco años* anterior a *Yerma* y *Rosita la soltera* y al más logrado, sin duda, en el favor vulgar, de *Bodas de sangre*. Sé muy bien hasta qué punto tenía preferencia por el primero, en punto al ensayo desde la escena de una proyección, propiamente dramática, de esa confusión de razón y sentimiento, de conciencia y subconsciente, tan característica de nuestro tiempo. No sé que se haya representado sino en inglés y por algún grupo universitario o de escuela teatral, norteamericano. En castellano, sólo se ha dado una vez proyectado en televisión. El mismo me dijo no entenderla del todo; por lo que la representación adoleció, necesariamente, de falta de entendimiento por parte de los actores, y, por consiguiente, del público. Tentado he estado más de una vez de organizar su representación, fiado en la confianza que en mí tuvo Federico al confiarme la dirección de los estrenos de *La zapatera prodigiosa*, *Yerma*, *Rosita la soltera* y, lo que es mucho más, el de la revisión escénica, no del texto pero sí de su interpretación, de *Bodas de sangre*, que anteriormente habían hecho, no muy a su gusto, las compañías de Pepita Díaz—Manuel Collado y de Lola Membrives. También me estaba destinada *La casa de Bernarda Alba* con Margarita Xirgu. Aún estaba yo en un presidio de Franco, cuando se dio en Buenos Aires por cierto, con una magnífica *Cantata* de Alfonso Reyes, puesta en música por Pahissa.

Pude darme el triste gusto de ponerla al fin en Puerto Rico, y dar con ello ocasión al descubrimiento para mí de una gran actriz, desconocida para quien no haya tenido oportunidad de pasar y verla en su isla encantada: Mona Martí. Ya no llegué a tiempo de ver en México la interpretación de Virginia Fábregas; sí la muy buena—de las mejores que me ha sido dado comprobar—de María Teresa Montoya.

## SEGUIRÉ TRABAJANDO CON FEDERICO

Innumerables son los que se dicen colaboradores de García Lorca en “La Barraca” estudiantil, donde no accedió nunca a poner ninguna de sus obras, pensando que el carácter universitario de aquel ensayo le atribuía una intención preferentemente clásica. Mi colaboración con Federico data del tiempo, inmediatamente posterior al estreno de *Mariana Pineda*, en que yo tenía, con otros escritores y artistas, como Magda Donato, más desinteresados entonces que después muchos de ellos de todo profesionalismo corruptor, la compañía que llamábamos del “Caracol” en la Sala Rex de Madrid. A punto ya de estrenar allí *Amor de Don Perlimplín con Belisa en su jardín* nos fue prohibida y cerrado el teatro por la dictadura del General Primo de Rivera, inculpados de no haber guardado luto por la muerte de la reina madre de Alfonso XIII doña María Cristina de Habsburgo-Lorena.

Después de haber presentado en el Español la compañía de bailes de la Argentinita, y a requerimiento de ella, me instó a Federico a que la hiciéramos un “ballet” sobre un cuento que me contó como rigurosa tradición del Cristo de Moclín, cercano a su pueblo, y que daba por absolutamente cierta—como siempre que inventaba—hallaba—alguna de sus imaginaciones tan cargadas de realidad. Así hicimos *La romería de los cornudos*, a que puso música Gustavo Pittaluga con

decorado de Bartolozzi, que se estrenó en Madrid en 1935, y después en Norteamérica, por la Compañía del Ballet de Montecarlo, con escenografía de Junyent y coreografía de Pilar López.

Me contó luego como proyecto de un drama para la graciosa actriz andaluza Carmen Díaz, *La bestia hermosa*—sucedido también, a creerle, en su pueblo, y que yo he traducido,<sup>19</sup> a su memoria y de memoria, en la cárcel primera donde estuve, en un romance trascendente a mito andaluz. Y por último, con el proyecto de *El público*, de que aparecen breves fragmentos en sus obras completas, y no una escena que por lo visto, no llegó a escribir, en que uno del público de lunetas mataba de un tiro a un espectador de la galería, a quien recogían los personajes de Shakespeare que estaban ensayando en el escenario y al escenario entraban, por el patio de butacas, cargando “el cadáver del obrero asesinado,”—contó asimismo dos otros proyectos de que no veo rastro en los apuntes póstumos de él publicados, y que algún día pienso ofrecer también al recuerdo vivo de su amistad, en sendos dramas: el uno con el título que él me dio, de *La sangre no tiene voz*, traducción en un suceso real, de uno de sus amigos menestrales de Barcelona, de quienes me había hablado sin hacerme compartir su amistad y que viene a ser trasunto moderno del “Romance de Tamar y Amnón”; y el que me parece más particularmente interesante y, por la referencia apuntada anteriormente, que nadie mejor que yo para intentar llevar a cabo su intención, de *La bola negra*.

—Voy a escribir un drama realista. Como los de Linares Rivas. —Y me contó, riéndose, la primera escena:

“Una capital de provincia. Un señor tras de una mesa de despacho. Llama al timbre y entra un criado:

—Que venga el señorito.

Entra su hijo:

—¿Qué quiere decir esto que sé? —Y el padre muestra a su hijo una carta.

—¿Qué te has presentado pretendiente a socio en el Casino, y te han echado bola negra. ¿Por qué?

—Porque soy homosexual.”

—¿Qué te parece para empezar? —volvió a reír con estrépito.

—Que no lo escribes—le contesté—. A ti, te pedirán siempre ya “dramas poéticos.”

## LAS CIEN PEORES POESÍAS

Dimos en lo que era o no poesía. Sería cosa—le dije yo—de recoger las cien peores de la lengua castellana.

—¿Vamos a hacerlo? Y pondrás la primera: “La casada infiel,” ¿no?

Al *Romancero gitano* y particularmente “La casada infiel” le tenía ya verdadero asco. Por culpa de sus peones divulgadores, los recitadores y ¡ay! las recitadoras de profesión.

Le dije que sí. No porque “La casada infiel” fuera mala poesía, como también lo fue buena “Las obscuras golondrinas” de Bécquer, mientras no trajo la peste, con música y todo, de sus imitaciones.

Ya estoy en trance de hacer la colección, tal y como la planeamos: en tres partes, a saber: a) “La madre patria.” Con los poetas españoles más culpables. b)

<sup>19</sup> “Traducido” en el original.

“América virgen y mártir.” Y c) “Las faldas del Parnaso,” en que se incluye las poetisas y los curas.

Oigo todavía la risa sana de Federico.